

*El texto que sigue se publicó originalmente en Perspectivas: revista trimestral de educación comparada (París. UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXXIV, n° 1, mars 2004, págs. 127-136
©UNESCO: Oficina Internacional de Educación, 2004
Este documento puede ser reproducido sin cargo siempre que se haga referencia a la fuente.*

KERSTIN HESSELGREN

(1872-1964)

*Lene Buchert**

A menudo se defiende la importancia de la educación de las niñas y las mujeres con el argumento de que acarrea beneficios económicos y sociales a toda la sociedad. Esta idea, que se destaca en el presente número de *Perspectivas*, explica por qué dos de los objetivos de la Educación para Todos adoptados en Dakar en abril de 2000 hacen especial hincapié en la consecución de la paridad y la igualdad entre los sexos en la enseñanza primaria y secundaria, y en la alfabetización de las mujeres (Foro Mundial sobre la Educación, 2000). Esta idea se resume en una frase de Mahatma Gandhi que se cita con frecuencia: “Quien educa a un hombre educa a un individuo, pero quien educa a una mujer educa a un pueblo”. Otro de los beneficios que se esperan de la educación de las niñas es que permitiría a las mujeres desarrollar nuevas identidades y asumir nuevos papeles tanto en la familia como en la sociedad, adquiriendo más poder de decisión, lo mismo en el ámbito privado que en la esfera pública.

La investigación biográfica y las narraciones de vivencias han contribuido a poner de relieve las vidas de determinadas mujeres. Aunque siempre resulta difícil medir sus consecuencias sobre el desarrollo social y precisar la contribución que su educación ha aportado, esto puede llevarse a cabo más fácilmente cuando las mujeres están en la vanguardia de los acontecimientos y actúan como pioneras de nuevas ideas y movimientos en momentos en que la sociedad se encuentra en una divisoria de aguas. De hecho, ése parece haber sido el caso de Kerstin Hesselgren (1872-1964), apodada “Kerstin I”, ya que fue una de las primeras mujeres que en Suecia pudo aprovechar las nuevas oportunidades educativas que se ofrecían a las jóvenes, la primera que desempeñó ciertos trabajos profesionales, dirigente de movimientos sociales y organizaciones femeninas, la primera parlamentaria del país y la

primera mujer que formó parte de las delegaciones internacionales suecas ante la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la Sociedad de Naciones.

El caso de Hesselgren ofrece especial interés, no sólo porque demuestra cómo las decisiones que adoptó en el terreno educativo determinaron su carrera y ejercieron una influencia en la evolución de la sociedad sueca, sino también porque utilizó la educación como instrumento de sensibilización y potenciación de la autonomía en las tareas que acometió. Se consagró a los valores y las ideas y trabajó en ámbitos que son fundamentales para el mandato de la UNESCO y que, en muchos aspectos, representaban la conciencia social que llevó a la creación del sistema de las Naciones Unidas. Estos factores se destacan en su labor en tres esferas importantes: la reforma social, los derechos de las mujeres y la paz y la comprensión internacional.

Formación y experiencia profesional

Kerstin Hesselgren nació en 1872 en Hofors, a unos 200 kilómetros al noreste de Estocolmo. Fue la primogénita de un médico de provincias, Gustaf Alfred Hesselgren, y de su esposa, María Margareta (cuyo apellido de soltera era Waern) (Gustafsson, 1987). Tuvo tres hermanos y dos hermanas. En su infancia, Kerstin recibió la influencia tanto de la actitud tolerante y las ideas liberales de sus padres como de la incipiente industrialización, que motivó la transición de una economía de autosuficiencia a otra de consumo, y suscitó en Suecia la conciencia de los problemas sociales y los derechos de la mujer. A esto hay que añadir puntos de vista más liberales sobre la educación, en particular sobre la formación de las niñas, que, combinados con su personalidad y sus capacidades, permitió a Hesselgren romper los moldes sociales que constreñían a las mujeres de su época.

En la casa donde se crió abundaban las ideas y los debates, y la familia permanecía al tanto de lo que ocurría en el mundo. Su padre, que había estudiado en el extranjero y había viajado fuera de Suecia antes de instalarse en la zona rural de Hofors, se mantenía informado de la evolución de su especialidad y de los sucesos mundiales gracias a suscripciones a publicaciones internacionales y discutía con todos los miembros de la familia los problemas sociales y las novedades literarias. Tanto el padre como la madre incorporaron a los niños a sus tareas profesionales desde la más temprana edad. Kerstin Hesselgren acompañaba a su padre cuando éste iba a visitar a los pacientes que tenía en aquella vasta zona rural y aprendió con su madre los diversos aspectos de la economía doméstica autosuficiente de la época.

Hesselgren recibió las primeras lecciones de su madre y luego de una tutora. A los cinco años de edad, ya sabía leer y escribir y conocía la aritmética; a los 15, había estudiado latín, inglés, alemán y francés; y a los 18 la enviaron durante un año a un internado en Suiza, donde perfeccionó sus conocimientos de idiomas y humanidades.

En este empeño de proseguir su formación, Hesselgren recibió gran respaldo, en particular de su madre, que había tenido que renunciar al sueño de continuar sus propios estudios cuando se casó, a la edad de 23 años, y que era, de los dos progenitores, “la más radical” y quien tenía “el intelecto ágil y la disposición para aceptar los cambios” de la familia Waern (Gustafsson, 1987, pág. 10). En el marco familiar, Kerstin recibió de los suyos el mismo trato que dispensaban a sus hermanos varones, aunque “por entonces la sociedad todavía no había asimilado estas ideas” (Gustafsson, 1987, pág. 14). Tenía la convicción de que las mujeres están especialmente dotadas, social y moralmente, para trabajar en las esferas más “delicadas” de la vida colectiva (Lindberg, 2000) y se graduó en Suecia y en el extranjero en estudios relacionados con especialidades más tradicionalmente femeninas, pero en el marco de ellas exploró las formas más novedosas de enseñanza que las jóvenes podían recibir y llegó a ser una precursora. Asimismo, en su empeño de aprender, logró combinar la formación teórica con la experiencia práctica, lo que le permitió ampliar sus conocimientos y disponer de más posibilidades profesionales, aspectos que al conjugarse dotaron de una sólida base a su influencia como reformadora social en Suecia y a sus contribuciones en la esfera internacional.

Las vivencias infantiles de haber acompañado a su padre en las visitas a los pacientes determinaron su primera elección educativa: la recién creada escuela de enfermeras especializadas, que ayudarían a los médicos destinados a prestar servicio en las vastas zonas rurales del norte de Suecia. Esta formación incluía una concentración en asignaturas tradicionalmente reservadas a los varones, como la bacteriología, la química y la física. Después de complementar esta formación con estudios de higiene y economía doméstica en el Instituto Carolingio de Estocolmo y con cursos avanzados de higiene en Kassel, Alemania, Hesselgren obtuvo el puesto de directora de la Escuela de Ciencia Doméstica de Estocolmo, que ejerció de 1897 a 1906. Durante una licencia que solicitó en 1904-1905 mientras desempeñaba este cargo, pasó el examen de Inspectora Sanitaria del Bedford College de Londres. Este título le permitió convertirse en 1906 en la primera mujer que ocupó una de las dos nuevas plazas de inspector de las viviendas propiedad del ayuntamiento de Estocolmo, la primera mujer que tuvo a su cargo la inspección de las cocinas escolares, en 1909, y la

primera que fue designada inspectora sanitaria de centros laborales, en 1912, cargo que desempeñó hasta su jubilación, en 1934.

Sus conocimientos y su patente compromiso social y el respeto y la estima que suscitaba se tradujeron también en una carrera política. En 1921, fue la primera mujer elegida para integrar la Cámara Baja del Parlamento, con los votos de socialdemócratas e independientes. Hesselgren permaneció como diputada independiente hasta 1934, año en que abandonó temporalmente el Parlamento. En 1936 fue reelegida para un escaño en la Cámara Alta, como candidata autónoma en una lista no partidista. En esta cámara permaneció hasta 1944, apoyando al grupo parlamentario del Partido Popular (liberal). Su elección se ha descrito como “un magnífico ejemplo del poder del individuo sobre la maquinaria [de los partidos], un recordatorio de que la capacidad humana puede tener más valor que la prensa de los partidos y sus votos electorales”. ¡Qué suerte que “esta sencilla lección haya sido obra de una mujer”! (Broon *et al.*, 2000, pág. 14). En 1939, fue la primera mujer elegida para presidir el Parlamento.

La política social y las reformas

El firme compromiso social y la compasión que Hesselgren manifestó habían arraigado en su infancia, cuando, en parte merced al trabajo paterno, había conocido “los aspectos más sombríos de la vida” (Gustafsson, 1987, pág. 14), y también a sus vigorosas convicciones cristianas. Aunque no pudo realizar su ilusión infantil de llegar a ser médico, como su padre, el trabajo que desarrolló durante toda su vida contribuyó a mitigar las diferencias sociales, al mejorar las condiciones de vida de las clases más desfavorecidas, en particular de las mujeres, y al fomentar la cooperación, superando las barreras de sexo y clase, como ella misma había experimentado en su hogar.

Después de trabajar de enfermera en la consulta de su padre, Hesselgren aplicó los demás conocimientos que había adquirido a la mejora de la higiene personal, la seguridad alimentaria, la sanidad y otras condiciones de vida en los hogares, y a la reducción de los peligros sanitarios y de otra índole que amenazaban la salud en los centros de trabajo. Desde su cargo de inspectora, trató de mejorar las condiciones de vida de las trabajadoras, en lo relativo a la alimentación, la vivienda, la salud en general y la atención médica en caso de enfermedad, y también su capacidad de ahorro y los regímenes de prestaciones y seguros. Asimismo le preocupaban la conducta moral y el desarrollo intelectual.

Su tarea consistió no sólo en ganarse la aceptación de los demás siendo una mujer, sobre todo en su cargo de inspectora de trabajo en fábricas dirigidas por hombres, sino también en implantar hábitos y procedimientos nuevos que, desde el principio, entrañaron gastos para los propietarios de viviendas y empresas, y en cambiar la conducta tradicional de los patrones y los empleados. Su habilidad para ganarse la confianza de todos los interesados procedía de una combinación de profesionalismo y rasgos personales. Quienes la conocieron la han caracterizado como una persona positiva, aunque no ingenua, dotada de gran empatía hacia las situaciones y dificultades ajenas, guiada por valores éticos y morales, sin ser moralizante, y capaz de argumentar clara y convincentemente sin mostrarse autoritaria (Gustafsson, 1987, págs. 40 y 41)

Durante su vida adulta, Hesselgren conjugó su experiencia de trabajadora social y de parlamentaria con su papel de activista social. Escribió sobre temas sociales en periódicos y publicaciones especializadas de nuevo cuño y fue, además, una conferenciante muy apreciada. También dirigió cursos de formación novedosos que se crearon en su especialidad, por ejemplo, sobre economía doméstica y para sindicalistas. Desempeñó un papel fundamental en la creación de la Asociación de Trabajadores Sociales de la Industria y las Empresas, que dirigió (1922-1949). Igualmente fue secretaria general de diversas asociaciones de voluntariado, entre las que cabe citar la Asociación de Profesores Suecos de Economía Doméstica (1906-1913) y la Asociación Sueca de Salud Mental (1939), y en 1948 llegó a ser miembro de la Junta Directiva de la Asociación Mundial de Educación para la Salud Mental.

En su condición de parlamentaria y activista social, Hesselgren participó en numerosos debates acerca de los horarios de trabajo, la protección de los trabajadores, los seguros de enfermedad y accidente, la asistencia a la maternidad, las guarderías, la formación profesional y otros temas referentes a la instrucción. Su actuación influyó en la legislación nacional relativa a la edad mínima permitida para contratar mano de obra femenina en determinados oficios, el derecho al aborto y el derecho de los pobres a poseer tierras. Prefería las “reformas más modestas que puedan aplicarse a otras de mayor envergadura, pero con pocas probabilidades de llegar a ser realidad” (Hamrin-Thorell *et al.*, 1968, pág. 155) y algunos autores consideran su talento para los asuntos prácticos como un auténtico don del cielo (Broon *et al.*, 2000, pág. 16). Hesselgren sostenía que la responsabilidad y el respeto hacia las personas –y no la maquinaria industrial- eran los factores más importantes del proceso de producción y quería que el trabajo proporcionara una sensación de seguridad y de placer que “no sólo refleje nuestra vida económica, sino que libere lo mejor de nosotros mismos” (Hamrin-Thorell *et al.*, 1968, pág. 161).

Su reconocida competencia en política social y asuntos laborales le permitió convertirse en la primera mujer que formó parte de la delegación de Suecia ante la OIT, cuya primera conferencia se celebró en Washington en 1919 y en la que se estableció una cooperación sin precedentes en el terreno de la política social. Los comentaristas suecos la describieron como “la más internacionalista de los delegados de Suecia” (Hamrin-Thorell *et al.*, 1968, pág. 149). Hesselgren era una ardiente partidaria del lema de la OIT que reza: “La paz sólo puede basarse en la justicia social”.¹ Consideraba que la reforma de la política social era un instrumento para equiparar los destinos de la gente e instaurar una cooperación más fácil y viable, en lugar de un medio de lograr objetivos de índole más política. En su opinión, la OIT se ocupa de las esferas de la vida que más se prestan a la comprensión internacional, ya que el desempleo, el hambre y la enfermedad existen bajo cualquier ideología política, sin parar mientes en fronteras lingüísticas o nacionales.

En concordancia con la orientación de la política exterior sueca entre la Primera y la Segunda Guerra mundiales, Hesselgren utilizó aquellas visitas al extranjero para llevar las experiencias de su país a la esfera internacional, y prestó menos atención a las consecuencias que para Suecia podían tener las experiencias de otras naciones. Entre 1920 y 1940 colaboró con la OIT en las mismas tareas de carácter jurídico a que se había consagrado en Suecia: el salario mínimo, la protección de la salud, el trabajo nocturno y otras medidas de protección de mujeres y niños. En 1946 fue designada presidenta de la comisión que examinó las oportunidades laborales de las mujeres en la posguerra.

Los derechos y la participación de las mujeres

Aunque la mayor parte de su labor guardaba relación con las necesidades de las mujeres, Hesselgren se consideraba una activista social, no una feminista, y veía su actividad en torno a la política social en favor de las mujeres y los niños como una cuestión social, no estrictamente feminista. Eso no impidió que influyera en el movimiento feminista sueco de la época. Su propia elección a diputada al Parlamento sueco en 1922 fue posible gracias a la decisión, adoptada en 1919, de implantar el sufragio universal y conceder plenos derechos de ciudadanía a las mujeres en 1921 –medidas que llevaban la impronta de las campañas realizadas por la Asociación Nacional para el Derecho de Voto de las Mujeres, fundada en 1902, y por la Asociación de Mujeres Liberales, creada en 1914–. Tras conquistar el derecho al voto, la Asociación de Mujeres Liberales se convirtió en 1922 en una organización de ámbito nacional, con Hesselgren en el puesto de Secretaria General. En 1931 se transformó en

la Confederación de Mujeres Liberales de Suecia y Hesselgren se mantuvo en el cargo hasta 1944. La Confederación se incorporó a la Confederación Democrática Mundial de Mujeres en 1945.

Esta organización tenía dos pilares ideológicos: la importancia de las aportaciones y responsabilidades de cada individuo para la vida social y las relaciones y la interdependencia entre las clases sociales, en el interior de cada país y entre las naciones en el sistema internacional (Eskilsson, 1991). Los puntos de vista sobre los derechos y las obligaciones del individuo se inspiraban en el pensamiento de la Ilustración francesa, y las ideas liberales vigentes en Suecia en esa época hacían hincapié en la importancia del individuo, en su desarrollo espiritual y autonomía, y en la dignidad y el carácter sagrado del ser humano. Lo singular era la idea de que las mujeres tenían una aportación específica que realizar a la vida social, que trascendía las categorías de clase o sexo, así como las partidistas o de simple política feminista. Si bien el desarrollo social debía ser endógeno, a partir de valores y visiones de futuro, era esencial añadir rasgos femeninos a esos cimientos y a la vida social, considerar las características femeninas como un paradigma que no debía separarse del masculino, o sea, integrar el hogar y la sociedad. Se ha considerado a Hesselgren como “la representación de la aportación ideal de la mujer a la vida política: una maternidad exenta de sentimentalismo, con la voluntad de ayudar y comprender” (Brandell, 1940, pág. 2).

La asociación nacional reunió un núcleo o “constelación” de cinco mujeres, que estaban convencidas de que la obtención del derecho al voto femenino sólo marcaría un punto de inflexión si iba acompañado por un despertar de su conciencia política y por una participación pareja a la de los hombres en todos los ámbitos de la vida social. Además de Hesselgren, el grupo estaba integrado por Honorine Hermelin (pedagoga), Ada Nilsson (médica), Elisabeth Tamm (hacendada) y Elin Wägner (escritora). Este grupo empleó dos instrumentos políticos novedosos para difundir sus ideas: por un lado, de 1923 a 1936, la publicación *Tidevarvet* (*La Era*), dirigida por Wägner, que era un foro de debate sobre el feminismo y otros temas sociales; por otro, un curso sobre ciudadanía de la mujer, el primero en su género, creado en 1922 bajo la dirección de Hesselgren, que luego se institucionalizó en una escuela cívica fundada en 1925, en la finca que Tamm poseía en Fogelstad. Hermelin era la directora de la institución y Hesselgren presidía la junta directiva y el consejo. La escuela se mantuvo en funcionamiento durante treinta años, pero, al igual que *Tidevarvet*, fue especialmente influyente hasta 1935. Al curso inaugural asistieron mujeres de diversas ramas de la Asociación Nacional de Mujeres Liberales. A lo largo de su existencia, la escuela de Fogelstad impartió clases a más de dos mil mujeres de todos los estratos sociales

(comprendidas maestras, trabajadoras industriales y amas de casa) y de todas las edades (de 20 a 80 años) que participaron en los cursos básicos de primavera, que duraban dos o tres meses, y en las sesiones complementarias de dos o tres semanas, que se celebraban en verano y otoño. Las mujeres desfavorecidas podían recibir un estipendio que les permitía participar.

En Fogelstad, la organización y la docencia revelaban la influencia de los institutos populares creados por el párroco y maestro danés Nikolaj Grundtvig (1783-1872), que tenían sus raíces en el nacionalismo romántico, la espiritualidad y el humanismo cristiano. También se inspiraron en las teorías y los principios de la pedagogía reformista, de la que Hermelin fue abanderada y practicante (Broon *et al.*, 2000). La escuela formaba parte de un movimiento más amplio de institutos populares, cuyo objetivo era educar a las masas mediante el razonamiento y la conversación, más que a través de clases formales. Su creación se enmarcó en la tradición política liberal que procuraba la formación no ideológica de las mujeres para propiciar su participación política, les ofrecía una amplia introducción a temas políticos y sociales en su contexto histórico y les permitía debatirlos trascendiendo los límites ideológicos de los partidos. El objetivo era despertar la conciencia de las mujeres, no dominarlas ni orientarlas en un sentido específico. La escuela se fundó con la idea de que el individuo constituye un valor absoluto en la vida y que cada ser humano tiene algo que aportar, independientemente de sus orígenes. Su propósito era fundir el trabajo de la mente, de la mano y del corazón, el hogar con la sociedad, y al individuo o ente específico con la comunidad o ente genérico.

El curso básico combinaba la enseñanza de materias teóricas con el trabajo práctico. El programa comprendía estudios teóricos dispuestos en tres grupos: historia y ciudadanía, psicología práctica o espiritualidad, combinadas con ética e higiene, y lengua sueca (expresión oral y escrita). Además, había asignaturas prácticas, como trabajo doméstico, confección y tejido, y charlas dictadas por conferenciantes invitados sobre temas concretos; por ejemplo, el derecho consuetudinario y los asuntos relativos a la tierra y los impuestos formaban parte del programa. Los cursos complementarios, en cambio, versaban sobre temas específicos, entre otros el movimiento feminista, la naturaleza de la sociedad, la guerra y la paz o la propiedad agraria, pero no se combinaban con trabajos prácticos. Las asistentes recibían una formación que les permitía ejercer su sentido crítico y argumentar sobre el tema, pero no se les ofrecían respuestas prefabricadas ni soluciones definitivas. Los clubes de debate y la escenificación de situaciones reales eran elementos fundamentales de la enseñanza; los clubes también funcionaban como ejemplos prácticos de cómo gestionar las

asociaciones o participar en la política local, con el fin de estimular la participación de las mujeres en la vida ciudadana.

La paz y la comprensión internacional

La guerra, la paz y el desarme fueron también esferas esenciales en las que Hesselgren influyó, tanto a escala nacional como internacional. La escuela de Fogelstad y *Tidevarvet* eran foros de debate, y la asociación de mujeres en la cual ocupaba el cargo de Secretaria General fue un grupo de presión activo, entre otras ocasiones, en la reunión de mujeres por la paz celebrada en La Haya en 1915. De 1941 a 1951, Hesselgren fue secretaria general del Comité para la Comprensión Internacional de esta organización, que contribuyó decisivamente a movilizar a medio millón de mujeres en un movimiento pacifista creado en 1940 bajo el lema “Contra la guerra total: por la paz y la comprensión internacional”. Asimismo, de 1944 a 1956 dirigió la Asociación de Cooperación Internacional por la Paz.

El Comité trabajó con diligencia para influir sobre la política oficial relativa a los asuntos de la paz y aprovechó la condición de parlamentaria que Hesselgren ostentaba. En el debate parlamentario de 1924 sobre los gastos de defensa, Hesselgren se pronunció a favor del desarme, contra los deseos de algunos de sus parientes cercanos que eran altos oficiales del ejército, entre ellos uno de sus hermanos, con el argumento de que “la humanidad debe acabar con la guerra antes de que la guerra acabe con la humanidad” (Höjer, 1986, pág. 94). Las consiguientes reducciones del presupuesto militar permitieron aumentar las asignaciones presupuestarias destinadas a las reformas sociales que se aplicarían en 1925, las que le tocaban muy de cerca.

Hesselgren expresó en un debate parlamentario posterior las creencias pacifistas que habían motivado su actuación:

¿Cuál es el contenido de esta propaganda pacifista? Bueno, se trata de enseñar a nuestros hijos –e inclusive a los adultos, porque en este tema se comportan a menudo como niños- que no siempre hay que desconfiar de otras personas, de otras naciones, sino que deben intentar todo lo posible para confiar en otras personas que viven en otros países. [...] Por mucho que podáis argumentar acerca de la Sociedad de Naciones y de sus deficiencias, habréis de reconocer que ha contribuido al fomento de la comprensión entre los pueblos. Es la labor dentro de cada nación la que debemos tratar de hacer progresar mediante la labor en pro de la paz. (Höjer, 1986, pág. 93)

Hesselgren alcanzó también estatura internacional al ser la primera mujer sueca que participaba en la Sociedad de Naciones, donde sirvió de 1933 a 1935 y de 1937 a 1938. Su trabajo se desarrolló sobre todo en la comisión que se ocupaba de los temas sociales relativos,

entre otros, a las mujeres y a los niños. Pero su fama internacional se debió especialmente a su oposición a la agresión italiana contra Abisinia en octubre de 1935 y a la anexión de 1936, actos que fueron posibles, aunque el emperador Haile Selassie había pedido la ayuda de la Sociedad de Naciones, por la inexistencia de sanciones vinculantes y el fracaso de las negociaciones y la acción colectiva de esa organización.

En esa ocasión, Hesselgren pidió permiso a la delegación de su país para expresar sus sentimientos de mujer, en representación, entre otras, de las afiliadas de la organización pacifista que ella dirigía en Suecia y para adoptar el método que esta institución empleaba para influir en la política de paz de Suecia, que incluía peticiones, protestas y discursos públicos. Lo hizo, dijo, “porque tenía que hacerlo. Guardar silencio hubiera sido convertirme en cómplice de la violencia que Italia perpetraba contra Abisinia” (Hamrin-Thorell *et al.*, 1968, pág. 172). Su discurso, que se publicó en la prensa de Francia y Estados Unidos, movió a uno de los delegados ante la Sociedad a decirle que “usted nos ha devuelto la fe y la esperanza” (Hamrin-Thorell *et al.*, 1968, pág. 171). Su intervención contenía, entre otras, las siguientes frases:

Cincuenta países permiten que una potencia modesta, uno de sus miembros, caiga vencida. ¿Es que, después de esto, podemos conservar la ilusión de que cualquier país pequeño puede mirar al futuro con esperanza? Cuando en el otoño pasado cincuenta países dijeron presente para ayudar a uno de los miembros pequeños de la Sociedad de Naciones contra una agresión mortífera, nuestra esperanza reverdecía. La Sociedad de Naciones era, pese a todo, un auténtico escudo. No siempre había sido así en el pasado, pero pareció llegado el momento de mostrar su fortaleza, de hacernos saber que nuestros hijos y nuestros hogares estarían a salvo bajo su manto protector. ¡Y éste ha sido el resultado! El país pequeño que la Sociedad de Naciones trataba de ayudar ha sido barrido del mapa y la Sociedad de Naciones quebrantada hasta sus mismos cimientos.

[...] La prevención es el único camino, junto con la educación de los pueblos y de las personas para que comprendan el poder que encierra la buena voluntad. (Texto original en inglés, Hamrin-Thorell *et al.*, 1968, págs. 170 y 171).

Las experiencias que acumuló en la Sociedad de Naciones suscitaron en Hesselgren escepticismo acerca del funcionamiento de la diplomacia internacional. Al mismo tiempo, temía que las mujeres tropezaran con muchas dificultades para lograr influir en la Sociedad de Naciones. No obstante, se dedicó a tareas de relaciones públicas en favor de ella en su propio país, con la convicción de que, como manifestó en 1932 durante un mitin pacifista, “detrás de cada obra maestra ha habido hombres y mujeres que han tenido fe en su causa, que han creído *in absurdum*” (Hamrin-Thorell *et al.*, 1968, pág. 172). Hesselgren mantuvo durante toda su vida un firme interés en las Naciones Unidas y apoyó a esta institución, sin cegarse por ello ante sus deficiencias ni ante los obstáculos que estorban su buen funcionamiento. Como

afirmó en uno de los muchos discursos que pronunció ante los miembros de su movimiento pacifista:

Ustedes pueden sentirse inclinados a mirar con desdén la esperanza de fundar un sistema internacional de justicia en medio del fracaso de las Naciones Unidas. Se habían cifrado tantas esperanzas [...], se había puesto tanta fe en ellas. Fue en Washington donde los países se reunieron por primera vez después de la guerra para tratar de crear condiciones de vida viables y nunca olvidaré el ambiente que prevalecía en ese momento. *Todo* era posible, *todo* era deseable y *todo* podía hacerse.

[...] Pero también he ido descubriendo poco a poco las grietas de este imponente edificio, he visto cómo los sueños se han frustrado paulatinamente y cómo se ha desarrollado la impresión de que es ilusorio creer que pueda establecerse un sistema viable de justicia internacional mediante las Naciones Unidas. Comprender esto ha sido la mayor pena de mi vida, pero haberlo hecho no significa que haya aceptado la imposibilidad de crear un sistema internacional de justicia o una variante de las Naciones Unidas.

[...] Los pueblos pueden aprender de sus errores [...]. Debemos enseñarnos a nosotros mismos que los pueblos deben sacrificar sus preferencias y demandas particulares en aras del bien común, del mismo modo que tienen que hacerlo las personas. La sacrosanta soberanía debe ceder un poco, los países deben *dar* y no sólo *tomar*; el prestigio nacional también debe ceder un poco. Para esta tarea de construcción se necesitan lo mismo hombres que mujeres [...]. Debemos preparar el terreno luchando contra el odio entre los pueblos, y creer en el prójimo, conservar nuestro coraje y nunca desesperar de las posibilidades que encierra el porvenir. (Höjer, 1986, págs. 100 y 101)

Conclusión

La contribución de Kerstin Hesselgren al desarrollo nacional e internacional estuvo modulada por los valores y la orientación que había recibido en su hogar. Estos factores influyeron en sus decisiones en materia de instrucción y en su carrera profesional, en momentos en que los cambios sociales que ocurrían en su entorno generaban nuevas oportunidades y planteaban tareas inéditas. En la época que le tocó vivir, la influencia y la toma de decisiones eran sobre todo de ámbito local, pero eso no le impidió aplicar su saber y experiencia en la esfera internacional.

Su vida es un ejemplo cabal de cómo la teoría y la práctica, la educación escolar y el trabajo concreto pueden combinarse y transformarse en una fuerza social. Su cosmovisión se formó al calor de las ideas cristianas y su compasión por los seres humanos se manifestó en los rumbos docentes y profesionales que emprendió, que se conjugaron para hacer de ella una dirigente inspiradora en la tarea de mitigar las desigualdades sociales y mejorar las condiciones de vida y las oportunidades, en particular de las mujeres y los niños de su país. Asimismo supo combinar la educación escolar y extraescolar para dar autonomía a las mujeres, mejorar sus condiciones de vida y contribuir al desarrollo social, bajo la influencia de los primeros análisis del papel especial que ellas desempeñan en el cuidado de la familia y de otras personas.

Su valor, su capacidad de liderazgo y su humanitarismo resultan también evidentes en sus contribuciones de carácter internacional. Manifestó las inquietudes, demostró el respeto y puso en práctica la paciencia que parecen hoy indispensables para que las Naciones Unidas desempeñen un papel decisivo en un mundo en mutación y en una sociedad mundial, que todavía está muy lejos de alcanzar la igualdad y el equilibrio entre lo privado y lo público que fueron esenciales en la vida y el trabajo de Hesselgren.

Nota

1. El Prólogo de la Constitución de la OIT señala, *inter alia*: “la paz universal y permanente sólo puede basarse en la justicia social”.
- * *Lene Buchert*. Doctora en Filosofía (Ph.D.), Lene Buchert es especialista principal del Programa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Previamente había sido investigadora adjunta y consultora internacional en diversos ámbitos institucionales en varios países. Ha publicado numerosos trabajos sobre enseñanza y desarrollo, la asistencia internacional a la educación y las políticas de cooperación en materia educativa. Fue la primera titular de la Cátedra Kerstin Hesselgren, tras la reorganización del Consejo Sueco de Investigaciones, realizada en 2001. Correo electrónico: l.buchert@unesco.org

Referencias

- Brandell, E. 1940. *Kerstin den Första* [Kerstin I]. Estocolmo: Mauritsons Boktryckeri.
- Broon, M. et al. 2000. *Fogelstad. Kvinnliga medborgarskolan vid Fogelstad 1925-1954* [La Escuela Cívica de Mujeres de Fogelstad, 1925-1954]. Södermanlands hembygdsförbunds årsbok/Kulturforeningen Fogelstad. (Särtryck ur Sörmlandsbygden.)
- Eskilsson, L. 1991. *Drömmen om kammeratsamhället. Kvinnliga medborgarskolan på Fogelstad* [La ilusión de la camaradería: la Escuela Cívica de Mujeres de Fogelstad]. Estocolmo: Carlssons.
- Foro Mundial sobre la Educación. 2000. *The Dakar Framework for Action. Education for All: meeting our collective commitments*. París, UNESCO.
- Gustafsson, I. 1987. *Kerstin Hesselgren. Den charmerande socialreformatorn* [Kerstin Hesselgren: la encantadora reformista social]. Hofors-Ovansjö, Suecia: Förlag Kerstin Hesselgren sällskapet. (Särtryck ur Från Gästrikland 1987.)
- Hamrin-Thorell, R. et al. 1968. *Kerstin Hesselgren. En vänstudie* [Kerstin Hesselgren: semblanza de una amiga]. Estocolmo: P. Norstedt & Sönners Forlag.
- Höjer, S. 1986. *Eldsjälar i fredens tjänst* [Espíritus fogosos al servicio de la paz]. Estocolmo: LT.
- Lindberg, B. 2000. *Kvinnor – vakna, våga! En studie kring pedagogen och samhällsvisionären Honorine Hermelin Grønbech* [Mujeres: despertad, mirad. Un estudio de la pedagoga e idealista social Honorine Hermelin Grønbech]. Lund, Suecia: Universidad de Lund, Instituto de Educación (Tesis de grado).